

NOTAS DEL PENSADOR.

Hasta aquí escribió mi buen amigo Don Pedro Sarmiento, á quien amé como á mí mismo, y lo asistí en su enfermedad hasta su muerte con el mayor cariño.

Hizo llamar al escribano y otorgó su testamento con las formalidades de estilo. En él declaró tener cincuenta mil pesos en reales efectivos puestos á réditos seguros en poder del conde de San Telmo, segun constaba del documento que manifestó certificado por escribano y debía obrar cosido con el testamento original, y seguia:

It. Declaro que es mi voluntad que pagadas del quinto de mis bienes las mandas forzosas, y mi funeral, se distribuya lo sobrante en favor de pobres decentes, hombres de bien y casados, de este modo: si sobran nueve mil y pico de pesos, se socorrerá á nueve pobres de los dichos que manifiesten al albacea que queda nombrado, certificación del cura de su parroquia en que conste son hombres de conducta arreglada, legítimos pobres, con familias pobres que sostener, con algun ejercicio ó habilidad, no tontos ni inútiles, y á mas de esto con fianza de un sujeto abonado que asegure con sus bienes responder por mil pesos que se le entregarán para que los gire y busque su vida con ellos: bien entendido de que el fiador será responsable á dicha cantidad siempre que se

le pruebe que su ahijado la ha malversado; pero si se perdiere por suerte del comercio, robo, quema, ó cosa semejante, quedarán libres de responsabilidades así el fiador como el agraciado.

Declaro: que aunque pudiera con nueve mil pesos hacer limosna á veinte, treinta, ciento ó mil pobre, dándoles á cada uno una friolera como suele hacerse, no lo he determinado, porque considero que estos no son socorros verdaderos; y si lo será en el modo que digo, pues es mi voluntad, que despues que los socorridos hagan su negocio y aseguren su subsistencia, devuelvan los mil pesos para que se socorran otros pobres.

Declaro tambien: que aunque pudiera dejar limosnas á viudas y á doncellas, no lo hago, porque á éstas siempre les dejan los mas de los ricos, y no son las primeras necesitadas; sino los pobres hombres de bien, de quienes jamás ó rara vez se acuerdan en los testamentos, creyendo, y mal, que con ser hombres tienen una mina abundante para sostener sus familias.

De este modo fueron sus disposiciones testamentarias. Concluidas, se trató de administrar los santos sacramentos de la Eucaristía y Extrema-Uncion. Le dió el viático su muy útil y verdadero amigo el padre Pelayo. Asistieron á la funcion sus amigos Don Tadeo, Don Jacobo, Anselmo, Andrés, yo y otros muchos. La música y la solemnidad que acompañó este acto religioso infundia un respetuoso regocijo, que se aumentó en todos los asistentes al ver la ternura y devoción con que mi amigo recibió el Cuerpo del Señor Sacramentado. El perdón que á todos nos

plidió de sus escándalos y extravíos, la exhortación que nos hizo y la unción que derramaba en sus palabras, arrancó las lágrimas de nuestros ojos, dejándonos llenos de edificación y de consuelo.

Pasados estos dulces trasportes de su alma, se recogió, dió gracias, y á las dos horas hizo que entraran á su recámara su mujer y sus hijos.

Sentado yo á la cabecera, y rodeada su familia de la cama, les dijo con la mayor tranquilidad: «Esposa mia, hijos míos, no dudareis que siempre os he amado, y que mis desvelos se han consagrado constantemente á vuestra verdadera felicidad. Ya es tiempo que me aparte de vosotros para no vernos hasta el último día de los siglos. El Autor de la naturaleza llama ya á las puertas de mi vida: él me la dió cuando quiso, y cuando quiere cumple la naturaleza su término. No soy árbitro de mi existencia: conozco que mi muerte se acerca, y muero muy conforme y resignado en la divina voluntad. Escusad el exceso de vuestro sentimiento. Bien que sintais la falta de mi vista como pedazos que habeis sido de mi corazón, debereis moderar vuestra aflicción considerando que soy mortal y que tarde ó temprano mi espíritu debía desprenderse de la masa corruptible de mi cuerpo.

«Advertid que mi Dueño y el Dueño de mi vida es el que me la quita porque la naturaleza es inmutable en cumplir con los preceptos de su autor. Consolaos con esta cierta consideración y decid: el Señor me dió un esposo, el Señor nos dió un padre, él nos lo quita, pues sea bendito

en el nombre del Señor. Con esta resignación se consolaba el humilde Job en el extremo de sus amarguísimos trabajos.

«Estos pensamientos no inspiran el dolor ni la tristeza; sino antes unos consuelos y regocijos sólidos, que se fundan no menos que en la palabra, de Dios y en las máximas de la sagrada religión que profesamos. Quédese la desesperación para el impío, y para el incrédulo la duda de nuestra futura existencia, mientras que el católico arrepentido y bien dispuesto confía con mucho fundamento, que Dios en cumplimiento de su palabra, le tiene perdonados sus delitos, y sus deudos con la misma seguridad piadosamente creen que no ha muerto, sino que ha pasado á mejor vida.

«Conque no lloreis, pedazos míos, no lloreis. Dios os queda para favoreceros y ampararos, y así cumplis sus divinos preceptos y confiais en su altísima Providencia, estad seguros de que nada os faltará para ser felices en esta y en la otra vida.

«Procurad, si, manejaros en la presente con juicio y honor en cualquiera que sea el estado que abrazareis. Tú, Margarita, si pasares á segundas nupcias, lo que no te impido, trata de conocer el carácter de tu esposo, antes de que sea tu marido, pues hay muchos Periquillos en el mundo; aunque no todos conocen y detestan sus vicios como yo. Una vez conocido por hombre de bien y de virtud, y con la aprobación de mis amigos, únete con él enhorabuena; pero procura siempre captarle la voluntad alabándole sus

«virtudes, y disimulándole sus defectos. Jamás
 «te opongas á su gusto con altanería, y mucho
 «ménos en las cosas que te mandare justas: no
 «disipes en modas, paseos ni extravagancias lo
 «que te dejó para que vivas: no tomes por modo
 «lo de tu conducta á las mujeres vanas, soberbias
 «y locas: imita á las prudentes y virtuosas. Aun-
 «que mis hijos ya son grandes, si tuvieses otros,
 «no prefieras en cariño á ninguno: trátalos á to-
 «dos igualmente, pues todos son tus hijos, y de
 «este modo enseñarás á tu marido á portarse bien
 «con los míos: los harás á todos hermanos y evi-
 «tarás las envidias que suscita en estos casos la
 «preferencia: sé económica, y no desperdicies en
 «bureos lo que te dejó ni lo que tu marido ad-
 «quiera: sábeta que no es tan fácil ganar mil pe-
 «sos, como decir tuve mil pesos; pero decir tuve
 «en medio de la miseria es sobre manera doloro-
 «so: últimamente, hija mía, haz por no olvidar
 «las máximas que te he inspirado: huye la mal-
 «dita pasión de los zelos, que lójos de ser útil es
 «perniciosa á las infelices mujeres, y la total y
 «última causa de su ruina: aunque tu marido por
 «desgracia, tenga un extravío, disimúlasele, y
 «entonces hazle más cariño y más aprecio, que
 «yo te aseguro que él conocerá que tu mérito se
 «aventaja al de las prostitutas que ahora, y al fin
 «se reducirá, te pedirá perdon y te amará con
 «doble extremo.

«A vosotros, hijos de mi corazón, ¡qué puedo
 «deciros! Que seáis humildes, atentos, afables,
 «benéficos, corteses, honrados, veraces, sencillos,
 «juiciosos, y enteramente hombres de bien. Os

«dejo escrita mi vida, para que veais donde se
 «estrella por lo comun la juventud incauta; para
 «que sepais donde están los precipicios para huir-
 «los, y para que conociendo cuál es la virtud y
 «cuántos los dulces frutos que promete, la profes-
 «eiseis y la sigais desde vuestros primeros años.

«Por tanto: amad y honrad á Dios y observad
 «sus preceptos: procurad ser útiles á vuestros se-
 «mejantes: obedeced á los gobiernos sean cuales
 «fueren: vivid subordinados á las potestades que
 «os mandan en su nombre: no hagais á nadie
 «daño, y el bien que podais no os detengais á ha-
 «cerlo. Guardaos de tener muchos amigos. Este
 «consejo os lo recomiendo con especialidad: ved
 «que os hablo con experiencia. Un hombre solo,
 «por malo que sea, si anda solo y sin amigos, él
 «solo sabe sus crímenes: á nadie escandaliza en lo
 «particular, y ninguno es testigo de ellos; cuando
 «por el contrario, el truchiman y el pícaro lleno
 «de amigos, tiene muchos á quienes dar mal
 «ejemplo, y muchos que testifiquen sus infa-
 «mias.

«Fuera de que, como vereis en mi vida, hay
 «muchos amigos, pero pocas amistades. Amigos
 «sobran en el tiempo favorable; pero pocos ó nin-
 «gunos en el adverso. Tened cuidado con los ami-
 «gos y experimentadlos. Cuando hallareis uno
 «desinteresado, verdadero y á todas luces hombre
 «de bien, amadlo y conservadlo eternamente; pe-
 «ro cuando en el amigo advirtiereis interés, do-
 «blez ó mala conducta, reprochadlo y jamás os
 «fiéis de su amistad.

«Por último: observad los consejos que mi pa-

«idre me escribió en su última hora cuando yo estaba en el noviciado, y os quedan escritos en el capítulo XII del tomo 1.^o de mi historia. «Si cumplís exactamente, yo os aseguro que seréis más felices que vuestro padre.»

Pasados estos y otros coloquios semejantes, abrazó D. Pedro á sus hijos y á su mujer, les dió muchos besos y se despidió de ellos, haciéndome llorar amargamente, porque los extremos de la señora y los niños desmintieron toda la filosofía del razonamiento preventivo. Los llantos, las lágrimas y los extremos fueron lo mismo que si el enfermo no hubiera hablado una palabra.

Por fin quedó el paciente solo y me dijo; ya es tiempo de desprenderme del mundo y de pensar solamente en que he ofendido á Dios y que deseo ofrecerle los dolores y ansias que padezco en sacrificio de mis iniquidades. Haz que venga mi confesor el padre Pelayo. Como este eclesiástico era buen amigo, no faltaba del lado de los suyos á la hora de la tribulación. Apenas se desnudó la muceta, cuando volvió á casa á consolar á su hijo espiritual. Antes que yo saliera de la recámara entró el, y preguntó á D. Pedro ¿cómo se sentía? Voy por la posta, dijo el enfermo: ya es tiempo de que no te apartes de mi cabecera, te lo ruego encarecidamente: no porque tengo miedo de los diablos, visiones ni fantasmas que dicen que se aparecen á esta hora á los moribundos. Sé que el pensar que todos los que mueren ven estos espectros es una vulgaridad, porque Dios no necesita valerse de estos títeres aéreos para castigar ni aterrorizar al pecador. La mala conciencia

y los remordimientos de ella en esta hora son los únicos demonios y espantajos que mira el alma, confundida con el recuerdo de su mala vida, su ninguna penitencia, y el temor servil de un Dios irritado y justiciero; lo demás son crederas del vulgo necio.

Para lo que quiero que estés conmigo, es para que me impartas los auxilios necesarios en esta hora, y derrames en mi corazón el suave bálsamo de tus exhortaciones y consuelos.

No te apartes de mí hasta que espire, no sea que entre aquí algun devoto ó devota que con el *Ramilleto* ú otro formulario semejante, me empiece á jesusear, machacándome el alma con su frialdad y sonsonete, y quebrándome la cabeza con sus gritos desaforados.

No quiero decir que no me digan Jesús, ni Dios permita que hablara yo tal idioma. Sé muy bien que este dulce nombre es sobre todo nombre: que á su invocación el cielo se goza, la tierra se humilla y el infierno tiembla; pero lo que no quiero es que se me plante á la cabecera algun buen hombre con un librito de los que te digo: que tal vez empiece á delectar, y no pudiendo, tome la ordinaria cantinela de «Jesús te ayude, Jesús te ampare, Jesús te favorezca,» no saliendo de esto para nada, y que conociendo él mismo su frialdad quiera inspirarme favor á fuerza de gritos, como lo he observado en otros moribundos. Por Dios, amigo, no consientas á mi lado estos, que léjos de ayudarme á bien morir, me ayudarán á morir más presto. Tu sabes que en estos momentos lo que importa es mover al en-

fermo á contrición y confianza en la divina misericordia: hacerlo que repita en su corazón los actos de fé, esperanza y caridad: ensancharle el espíritu con la memoria de la bondad Divina, acordándole que Jesucristo derramó por él su sangre y es su medianero, y por fin ejercitándolo en actos de amor de Dios, y avivándole los deseos de ver á su Majestad en la gloria.

Esto propiamente es ayudar á bien morir, pero no pueden hacerlo todos, y los que tienen instrucción y gracia para ello, no se valen de aquellos gritos con que los tontos, lejos de auxiliar al moribundo, lo espantan é incomodan.

También te ruego que no consientas que las señoras viejas me acaben de despachar con buena intención, echándome en la boca y en estado de agonizante, caldo de sustancia ni agua de la palata. Advérteles que esta es una preocupación con que abrevian la vida del enfermo, y lo hacen morir con dobles ansias. Diles que tenemos dos cañones en la garganta llamados esofago y laringe. Por el uno pasa el aire al pulmón, y por el otro el alimento al estómago; mas es menester que les adviertas, que el cañon por donde pasa el aire está primero que el otro por donde pasa el alimento. En el estado de sanidad, cuando tragamos tapamos con una balbulita, que se llama *glotis*, el cañon del aire, y quedando cerrado con ella, pasa el alimento por encima al cañon del estómago como por sobre un puente. Esta operación se hace apretando la lengua al paladar en el acto de tragar, de modo que nadie tragará una

poca de saliva sin apretar la lengua para tepar el cañon del aire, y cuando por un descuido no se hace esta diligencia, y se va aunque sea una gota de agua, lo que llaman irse al galillo, el pulmón que no consiente mas que el aire, al momento sacude aquel cuerpo extraño, y á veces con tal violencia que se arroja hasta por las narices dicho cuerpo si es líquido. Cuando el agua, *vr. gr.*, que se ha ido al pulmón pesa mas que el aire que hay dentro, se ahoga el paciente; y si es muy poca, la arroja éste como se ha dicho.

Después que hagas esta explicación á las viejas, advérteles que el agonizante ya no tiene fuerza, acaso ni conocimiento para apretar la lengua: de consiguiente, cuando le echan en la boca se va al pulmón, y si no tose es porque esta entraña está dañada, ó porque ya no tiene fuerza para sacudir, con lo que espira el enfermo mas breve. Diles todo esto, y que lo mas seguro es humedecerles la boca con unos algodones mojados; aunque todas estas diligencias son mas para consuelo de los asistentes que para alivio de los enfermos.

En fin, Pelayo, por vida tuya haz que velen mi cadáver dos dias, y no le den sepultura hasta que no estén bien satisfechos de que estoy verdaderamente muerto, pues no quiero ir á acabar de morir al camposanto como han ido tantos, especialmente mujeres parturientas, que no teniendo sino un largo síncope, han muerto antes de tiempo, y las ha enterrado vivas la precipitación de los dolientes.

Acabó Don Pedro de hablar con el padre con-

hacer estas cosas, y me dijo: Compadre, ya me siento demasiado débil, creo que se acerca la hora de partida: haz llamar al vecino Don Agapito (que era un excelente músico), y dile que ya es tiempo de que haga lo que le he prevenido.

Luego que el músico recibió el recado, salió á la calle, y á poco rato volvió con tres niños y seis músicos de flauta, violin y clave, y entró con ellos á la recámara.

Nos sorprendimos todos con esta escena inesperada, y mas cuando comenzando á agonizar el enfermo, comenzaron tambien los niños á entonar con dulces voces, y acompañados de la música, un himno compuesto para esta hora por el mismo Don Pedro.

Nos enternecimos bastante en medio de la admiracion con que ponderábamos el acierto con que nuestro amigo se hacia menos amargo aquel funesto paso. El padre Pelayo decia: vean vdes. mi amigo si ha sabido el arte de ayudarse á bien morir. Con cualquier poco conocimiento que conserve cómo no le despertarán estas dulces voces y esta armoniosa música los tiernos afectos que su devocion ha consagrado al Sér Supremo!

En efecto, se cantó el siguiente:

HIMNO AL SER SUPREMO (1).

Eterno Dios, inmenso,
Omnipotente, sabio, justo y santo,
Que proteges benigno
Los séres que han salido de tus manos:

1 Para este himno se han tenido presentes las correcciones y variaciones del manuscrito, de que se habló en la nota de la página 119.—E.

El debido homenaje
A tu alta magestad, te rindo grato,
Porque en mis aflicciones
Fuiste mi escudo, mi sosten, mi amparo.

Y cuando sumergido
En el cieno profundo busqué en vano
A quien volver mis ojos
Entumecidos de llorar á hinchados,

Extendiste en mi ayuda
Tu generosa y compasiva mano,
Que libre del peligro
Al puerto me condujo ileso y salvo.

Tú, Señor, desde entonces
Con impulso robusto has guiado
Por el camino recto

Mis vacilantes y extraviados pasos.

Mis vicios me avergüenzan,
Mis delitos detesto: con mi llanto
Haz, mi Dios, que se borren
Los asientos del libro de los cargos.

Y en esta crítica hora
No te acuerdes, Señor, de mis pecados,
A los que me arrastraba
La inexperiencia de mis pocos años.

Recuerda solamente
Que aunque perverso, pecador, ingrato,
Soy tu hijo, soy tu hechura,
Soy obra en fin de tus divinas manos.

Si te ofendí yo mucho,
Mucho me pesa, y mucho mas te amo,
Como á padre ofendido
Que mis crímenes tiene perdonados.

Seguro en tus promesas

Invoco tus piedad, y en tus manos
Mi espíritu encomiendo:

Recíbelo, Señor, en tu regazo.

Dos veces se repitió el tierno himno, y en la segunda, al llegar á aquel verso que dice: *En tus manos mi espíritu encomiendo*, lo entregó nuestro Pedro en las manos del Señor dejándonos llenos de ternura, devoción y consuelo.

A la noticia de su muerte, acaecida á fines del mismo año de 1813, se extendió el dolor por toda la casa, manifestándolo en lágrimas no sólo su familia, sino sus amigos, sus criados y favorecidos que habían ido á ser testigos de su muerte.

Se veló el cadáver, según dijo, dos días, no de ocupándose en ellos la casa de sus amigos y beneficiados que lloraban amargamente la falta de tan buen padre, amigo y bienhechor. Por fin se trató de darle sepultura.

CAPITULO XVI.

En el que el Pensador refiere el entierro de Perico, y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta clerisima historia.

A los dos días se procedió al funeral, haciéndole las honras con toda solemnidad, y concluidas, se llevó el cadáver al camposanto, donde se le dió sepultura por especial encargo que me hizo.

El sepulcro se selló con una losa de techal, especie de mármol que compró para el efecto su confesor, haciendo antes esculpir en ella el epitafio y la décima que el mismo difunto compuso antes de agravarse. Aquel era latino y los pondré aquí por si agradare á los lectores.

HIC. IACET
PETRVS SARMIENTO
(VVLGO)
PERIQVILLO. SARNIENTO
PECCATOR. VITA
NIHIL. MORTE.
QVISQVIS. ADDES
DEV. ORA
VT
IN. ÆTERNVM VALEAT.